

EL ABISMO DE LA POBREZA, VISTO DESDE LAS CUMBRES MUNDIALES

JOSE J. ROMERO RODRIGUEZ

PROFESOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y EMPRESARIALES
E.T.E.A. DE CORDOBA

INTRODUCCION

En este artículo presentamos una breve reflexión sobre las últimas cumbres mundiales auspiciadas por Naciones Unidas. Lo hacemos desde un determinado “lugar hermenéutico”, es decir, el sitio donde nos “ubicamos” en nuestro imaginario personal y social; ello lleva consigo un replanteamiento de muchas de nuestras perspectivas habituales y de nuestros juicios de valor.

No se trata de adoptar una visión “generosa”, “solidaria”... Se trata simplemente de “ser reales”, de constatar que el mundo “es así”, ...y de que es mejor saberlo, para no convertirnos en “marcianos en nuestro propio planeta”. No ver el mundo así es simplemente “equivocarse de planeta”, cometer un error esencial sobre la realidad en la que vivimos. Adoptar un lugar hermenéutico correcto, ponernos en nuestro sitio, ensanchar la visión del mundo es simplemente verlo tal cual es. Es el punto de partida imprescindible para cualquier planteamiento de lucha contra la pobreza. Es, de alguna manera, un giro copernicano cultural y epistemológico.

En pocas palabras se trata de adoptar una perspectiva mundial, global y de posicionarse en desacuerdo con la situación vigente. Coincidimos con

Federico Mayor Zaragoza, Director de la UNESCO: “Yo disiento con el 80% como mínimo de las cosas del mundo que me rodea”. Ante esa desigualdad y ante la complejidad que conlleva (desagradable complejidad) la tentación es la del campesino judío:

Hace muchos años, un campesino ignorante fue a visitar por primera vez un zoológico. En un determinado momento llegó al recinto en el que se encontraba una jirafa y, durante un buen rato, visiblemente encolerizado, se quedó mirando al animal. Finalmente, le dio la espalda y se alejó, murmurando con rabia: “un animal así no existe”.

La jirafa es la realidad asimétrica del mundo frente a la cual nos encontramos; el campesino testarudo, que prefiere declarar como inexistente la diversidad, es el hombre europeo moderno, forjado por la ideología, completamente incapacitado para reconocer la dureza que la resistencia de lo real opone a las apropiaciones ideales, y absolutamente ciego frente al mundo de la explotación y de la opresión que su civilización ha producido y produce⁽¹⁾.

Vamos a recorrer esas últimas Cumbres mundiales sobre las problemáticas más importantes de la humanidad. Nos referimos a esas reuniones al más alto nivel, auspiciadas por las Naciones Unidas, que han tenido lugar en Río en 1992, en El Cairo en 1994, en Copenhague y Pekín en 1995 y en Estambul hace tan sólo unas semanas. Pedaleando juntos vamos a subir a esas cinco cumbres y es mi deseo que al ascender obtengamos una visión con buena perspectiva que nos permita otear el horizonte y adivinar cuál deba ser nuestro itinerario.

Para que este recorrido no se haga muy largo y tedioso, de cada una de esas cumbres diremos solamente unas pocas palabras e intentaremos extraer al final algunas breves reflexiones generales.

RIO 1992: EL DESARROLLO SOSTENIBLE⁽²⁾

Nuestro recorrido va a comenzar lógicamente en Río de Janeiro. En 1992 se celebró en aquella bella y compleja ciudad brasileña una Cumbre mundialmente famosa. Se trataba propiamente de la III Conferencia de las

(1) MARTINEZ GORDO, J. y OTROS: *Del miedo a la libertad al miedo a la solidaridad*, en Cuadernos “Instituto de Teología Fundamental”, 23, p. 21 (la parábola de la jirafa estaba tomada de A. Oz, *In terra d'Israele*. Genova, 1992, p. 169).

(2) Cfr. JOSE ROMERO RODRIGUEZ, J. (1993): *Más allá del desarrollo sostenible. A propósito de la Cumbre de Río 92*, en *Revista de Fomento Social*, 189, enero-marzo, pp. 11-40.

Naciones Unidas sobre desarrollo y medio ambiente (CNUCED). Hubo otras dos antes en Estocolmo en 1972 y en Nairobi en 1982. Tuvo lugar del 3 al 14 de junio y asistieron delegaciones de 178 países. La Conferencia acabó con la Cumbre de la Tierra por la que desfilaron nada menos que 118 jefes de estado y de gobierno. El objetivo concreto de la Cumbre era discutir y aprobar cinco textos: dos convenciones, dos declaraciones y la Agenda 21, programa de acción para el siglo XXI.

La *Declaración de Río o Carta de la Tierra* enuncia 27 grandes principios para una buena gestión de los recursos del planeta. Esta carta resume la filosofía del desarrollo sostenible elaborada bajo el patrocinio de las Naciones Unidas por la famosa Comisión Brundtland.

Más difícil de adoptar fueron la *Declaración sobre el bosque y el Convenio sobre la biodiversidad*. Los países del Sur se resistían a que los ricos del Norte les impusieran trabas medioambientales y territorios reserva, con limitación de su soberanía y freno a su propio crecimiento económico. Menos dificultad suscitó el *Convenio sobre el clima*. Por último la *Agenda 21* es un catálogo de 800 páginas donde se enumeran los programas de Acción que deberán ser promovidos en el siguiente decenio. Es el documento que suscitó la mayor unanimidad, en la medida en que cada Estado miembro podía extraer del mismo un programa a su elección y fijar él mismo su participación financiera.

Si hubiera que hacer un balance sobre esta cumbre habría que decir que lo más positivo fue el hecho mismo de su celebración. El impacto que lograron —gracias a los medios de comunicación— las preocupaciones que están en la base de su convocatoria supusieron un avance cualitativo en la sensibilización mundial hacia este tipo de problemas: la conciencia de que sólo con planteamientos globales y enfoques que superen los egoísmos nacionales y locales será posible afrontar los enormes desafíos que tiene planteados la humanidad y su casa, el planeta tierra.

Río 92 consagró mundialmente el concepto mismo de *desarrollo sostenible* de la Comisión Brundtland en su famosísimo libro *Nuestro futuro común*: es aquel que satisface las necesidades del presente sin limitar el potencial para satisfacer las necesidades de las generaciones futuras⁽³⁾.

En pocas palabras, la tesis del desarrollo sostenible vino a cuestionar el concepto tradicional de crecimiento, que los autores de *Nuestro futuro común* denominan crecimiento de la producción y que depende de un consumo cre-

(3) GRO HARLEM BRUNDTLAND (Dir.) (1987): *Nuestro futuro común*. Ed. Alianza, Madrid, 1989.

ciente de energía y otros materiales naturales no renovables, que no puede sostenerse a largo plazo (es insostenible) y que debería dar paso a la búsqueda de fines económicos que requieran usos menos intensivos de recursos. En dos palabras, desarrollo sostenible o sustentable quiere decir un desarrollo económico que sea compatible con los recursos disponibles (que son finitos, limitados, escasos y mal repartidos) y con la conservación del medio ambiente. Que no sigamos con la disparatada e irresponsable costumbre de quemar la casa en que vivimos para asar el cerdo que nos comemos...

Pero hay que tener cuidado con el mal uso del concepto mismo de desarrollo sostenible. Si por desarrollo sostenible se entiende un modelo en el que continuarán, todo lo corregidas que se quieran, las pautas de crecimiento económico vigentes en los países industrializados, dicho modelo no tiene futuro ninguno. Aceptamos la viabilidad del desarrollo sostenible, sólo en la medida que implique crecimiento para los pobres y desarrollo cualitativo, sin crecimiento cuantitativo, para los ricos. En último término el desarrollo o es sostenible o no es desarrollo.

Es preciso empezar a pensar en que es posible, al menos entre los ricos, desarrollo sin crecimiento. Crecer significa aumentar de tamaño mediante la asimilación o la acumulación de materiales; desarrollarse significa expandir o utilizar la capacidad potencial, para alcanzar un estado más completo, mayor o mejor. Cuando algo crece se vuelve cuantitativamente mayor; cuando se desarrolla se vuelve cualitativamente mejor o, por lo menos, diferente. El crecimiento cuantitativo y el mejoramiento cualitativo siguen diferentes leyes; un árbol, un animal, una persona, no crecen indefinidamente; nuestro propio planeta se desarrolla en el tiempo sin crecer. Nuestra economía, un subsistema de una tierra finita y limitada y que no crece, debe adaptarse a un patrón semejante de desarrollo, sin crecimiento indefinido ni indiferenciado.

Han pasado cuatro años y los compromisos de Río aún no se han llevado a la práctica. Federico Mayor, director de la UNESCO, afirmaba hace pocas semanas en Estambul que unos años “después de la Conferencia de Río el medio ambiente está mucho peor. Esto es lo que la gente y la Prensa tiene que exigir a sus líderes. La Agenda 21 hay que ponerla en práctica, caiga quien caiga”⁽⁴⁾.

En dos palabras: como decía el Informe Brundtland “*El mundo no es una herencia de nuestros padres, sino un préstamo de nuestros hijos*”.

(4) DE LA CAL, J.C. (1996): *Entrevista a Federico Mayor Zaragoza, Director de la UNESCO*, en *El Mundo*, (9 de junio, p. 33).

EL CAIRO 1994⁽⁵⁾ : ¿MENOS POBRES O MENOS POBREZA?

Como sabemos ésta fue la 3ª conferencia de las Naciones Unidas sobre la población, que sigue a la 1ª celebrada en Bucarest en 1974 y a la 2ª en México en 1984. La Conferencia se celebró entre el 5 y el 13 de septiembre de 1994.

“Diez minutos de desarrollo y diez días de aborto”. Así ha sido definida por algunos la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Población y Desarrollo que se celebró en El Cairo en septiembre de 1994. A juzgar por el eco despertado en los medios de comunicación, el tema estrella hubiera sido el de las políticas anti-natalistas, mientras que poco o casi nada se habría avanzado en los grandes retos planteados por la escandalosa situación de desigualdad de nuestro mundo.

El origen de la “batalla” estuvo en la polémica sobre si el texto propuesto debía o no incluir la consideración del aborto como un instrumento de control de natalidad. Lógica y naturalmente el Vaticano —con sus incómodos aliados islámicos y algunos otros países— se oponía a la inclusión de dicha consideración en el documento final.

Parece difícil no reconocer que es preciso frenar un crecimiento demográfico exponencial indefinido. De hecho ni siquiera la doctrina católica más oficial niega eso. Nos parece también claro que banalizar el aborto no debería ser precisamente una forma de afrontar semejante problema. Sin embargo, no es nuestro objetivo aquí profundizar en las complejas implicaciones morales del tema de la demografía mundial.

Es de sobra conocido que el principal freno a las excesivas tasas de natalidad son la educación y el propio desarrollo. Las políticas anti-natalistas no constituyen nunca, por sí mismas, un instrumento de desarrollo. Por el contrario, el desarrollo por sí solo es un freno a los crecimientos demográficos galopantes.

En muchos lugares del Tercer Mundo tener hijos es para los padres la única garantía de supervivencia: se tiene muchos hijos, entre otras razones, porque normalmente un alto porcentaje de los niños mueren antes de tiempo y porque al llegar los padres a la vejez (por cierto, muy prematura) y al no existir nada parecido a un sistema de pensiones o de ayuda a los ancianos, la piedad filial es la única garantía de supervivencia para los mayores. Está suficientemente demostrado que donde disminuye la mortalidad infantil y aumen-

(5) CONSEJO DE REDACCION (1995): *De cumbre en Cumbre*, en *Revista de Fomento Social*, 199, julio-septiembre, pp. 303-326.

ta la educación y los ingresos de las mujeres se produce un descenso automático de la natalidad.

Lo que es indiscutible es que ... ¡mientras menos pobres nazcan menos pobres habrá! Llevado a sus últimas consecuencias, el razonamiento más lógico conduciría por tanto al absurdo de que la solución más eficaz al problema de la desigualdad es fomentar la natalidad de los ricos y frenar la de los pobres... No hay que pensar mucho para intuir a dónde nos puede conducir este tipo de razonamientos...

Debajo de toda esta complicada polémica está latente con frecuencia una gigantesca falacia cargada de consecuencias. Dicha falacia —puesta de relieve por Susan George— puede expresarse en forma de silogismo de la siguiente manera:

- 1.— Los recursos mundiales, incluyendo los alimentos, son limitados.
- 2.— Es así que hay demasiada gente en el mundo, y todo el mundo sabe que los países más pobres tienen las más altas tasas de natalidad. *Ergo...*, por tanto,
- 3.— son los pobres los que están consumiendo los recursos del planeta”⁽⁶⁾.

Por tanto, la solución estaría en frenar de todas las formas posibles el crecimiento de la población en los países del sur...

Es indiscutible que el crecimiento de la población agrava de forma trágica los problemas de los países pobres. Es evidente que es preciso llegar a un modelo demográfico sostenible (equilibrio, por cierto, muy difícil...) a través de lo que los expertos en demografía califican “transición demográfica”. Pero en el silogismo anterior —y en buena parte de los debates sobre el problema demográfico mundial— se olvida el problema esencial.

No son los países pobres quienes consumen los recursos escasos. Somos los países ricos del Norte (¡precisamente los que ya hemos frenado de forma drástica —y a veces problemática— el crecimiento de nuestra población!), los que estamos consumiendo la gran mayoría de los recursos no renovables del mundo, los que hemos deteriorado el planeta con nuestra depredadora irresponsabilidad ecológica y los que hemos consolidado un sistema económico y de dominación que hace inviable el desarrollo económico del Sur.

Sin negar la necesidad de afrontar los problemas demográficos, de lo que hay que discutir es de esto: de la absolutamente necesaria redistribución

(6) GEORGE, S. (1986): *How the othe half dies. The real resasons for world hunger*. Ed. Penguin Books, p. 54-55.

de la riqueza, del capital, de la tecnología, de la educación, del poder, etc. a nivel mundial. Ello implica de forma inevitable un freno al crecimiento económico del norte y una masiva acción de solidaridad internacional. Sin esa redistribución masiva no hay “desarrollo sostenible”. Sin ese reequilibrio del poder y del saber, no hay campaña anti-natalista en el mundo capaz de acabar con el abismo de la desigualdad y el escándalo de la pobreza. ¿No será que detrás de las políticas anti-natalistas a ultranza se esconde el rechazo a un re-planteamiento más radical de nuestro propio modelo económico? ¿No será que resulta mucho más fácil, más “barato” y, sobre todo, mucho más “indoloro” para los países ricos disminuir el número de los pobres, que disminuir su pobreza?

En dos palabras: *después del Cairo ha quedado más claro que luchar contra la pobreza es la mejor manera de disminuir el número de pobres.*

COPENHAGUE 1995⁽⁷⁾: EL RETO MUNDIAL DE LA POBREZA Y LA EXCLUSION

Pero iniciemos el ascenso a nuestra tercera cumbre. Las Naciones Unidas celebraron en Copenhague, del 6 al 12 de marzo de 1995, la “Cumbre sobre el desarrollo social”, con la presencia de jefes de Estado de 184 países. A la reunión asistieron cerca de 20.000 personas entre las delegaciones gubernamentales y las organizaciones no gubernamentales. Los temas centrales de la Cumbre de desarrollo social eran: pobreza, desempleo y exclusión social.

La expectativa que había despertado esta conferencia, como otras anteriores, era considerable. Por lo que cuentan los asistentes, los conflictos afloraron fuertemente, poniendo sobre la mesa no sólo el problema social mundial, sino también sus causas y sus consecuencias. Naturalmente, la globalización del nuevo orden mundial, con la hegemonía de la economía de libre mercado, fue quien marcó la divisoria de las aguas en estos debates... Se oyeron fuertes críticas a las instituciones de Bretton Woods y a las tesis del “mercado total”. El propio presidente francés François Mitterrand afirmó: “No podemos permitir que el mundo se transforme en un mercado global en el que imperen las leyes de la selva”. Enrique Iglesias, director del Banco Interamericano de Desarrollo, reconocía que “la pobreza les ha superado” y “que los organismos internacionales de crédito han pecado de reduccionismo económico”.

En la práctica, Copenhague se tradujo en dos documentos distintos: la *Declaración*, donde se formulan los principios y los compromisos adoptados en la Cumbre, y el *Programa de Acción*, que desarrolla las políticas, acciones y

(7) CONSEJO DE REDACCION (1995): Cfr. Nota 4.

medidas para hacer realidad lo anterior.

Según los analistas de la Conferencia, la declaración final, que contiene los compromisos y metas de la asamblea, no consiguió expresar la riqueza de la discusión. Ésta, por cierto, se vio sobre todo politizada por el casi simultáneo desastre financiero de México, con sus consecuencias en cascada sobre otros países (el llamado “efecto tequila”) y sobre la estabilidad monetaria mundial. Como suele suceder en estas cumbres, fueron precisos muchos arbitrajes para llegar al consenso. Pero hay un punto central sobre el que el texto aprobado insiste: *en el mundo actual existen las condiciones económicas y tecnológicas para resolver el problema de la pobreza.*

Los compromisos de la Cumbre se recogen en el *Programa de Acción*. Si es verdad que los documentos originales, los preparatorios de la Cumbre, habían generado grandes esperanzas por lo comprometido de sus análisis, sin embargo, conforme se acercaba la Cumbre, los documentos se fueron aguando. Propuestas como el dividendo de la Paz del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el denominado “impuesto Tobin” sobre las transferencias internacionales de capital (propuesta del premio Nobel James Tobin para gravar los capitales especulativos, en beneficio de la lucha contra la pobreza) o la petición de realizar una auditoría de los organismos internacionales de crédito que sea presentada a la Asamblea General de las Naciones Unidas, no fueron adoptadas y, en muchas ocasiones, ni siquiera discutidas. Faltó voluntad política y decisión.

Sin embargo, se alcanzó el compromiso de que el 20% de la cooperación externa sea destinado a los programas sociales y que el 20% del presupuesto del gobierno del país receptor haya de estar también orientado a este fin. También presionaron por la condonación de la deuda externa de los países endeudados de bajo nivel de ingreso, pero en este ámbito sólo se produjeron algunos gestos simbólicos, precisamente de los países nórdicos.

Las ONG que asistieron a la ya habitual Cumbre paralela sintetizaron los aspectos positivos de la Cumbre oficial en los siguientes diez puntos: el tono ético y espiritual de las discusiones; el reconocimiento del papel que tiene la sociedad civil en la promoción del desarrollo social; el reconocimiento de que las fuerzas del mercado, por sí solas, son incapaces de promover el desarrollo social; la globalización de los problemas afecta a todas las naciones, ricas y pobres, y requiere la globalización de las respuestas; el excesivo consumo de las naciones ricas es una causa mayor de la desviación del desarrollo, tanto en los países pobres como en los ricos; la necesidad de cambiar la seguridad militar por la seguridad de la gente o dejaremos un mundo más pobre y más violento a la siguiente generación; etc. etc.

Otros comentaristas más críticos denuncian lo que siguen siendo los tres grandes bastiones intocables a corto plazo en esta escena geopolítica internacional: el dominio hegemónico del neo-liberalismo, con toda su ambigüedad y sus efectos negativos; el sistema de mercado como forma indiscutida e indiscutible de asignación de recursos; la invulnerabilidad de las obligaciones de devolver la deuda externa.

Como ya había sucedido en cumbres anteriores, tuvo lugar una “paralela” auspiciada esencialmente por las ONG. Las ONG se mostraron disconformes con el documento oficial por la adopción implícita e indiscutida del modelo económico neoliberal, considerando a este último como contradictorio con los objetivos de equidad y desarrollo sostenible.

Entre las reflexiones críticas destacaron también de modo especial las que ofreció, en su muy aplaudida intervención de Copenhague, Konrad Raiser, presidente del Consejo Mundial de las Iglesias. Sus palabras nos sirven de resumen de esta etapa:

“un modelo alternativo de desarrollo y un cambio fundamental de conciencia y de valores; ...la humanidad —dijo— ha desarrollado un sentido de lo mínimo, y no hay razón para no considerar el sentido de lo máximo, más allá del cual el consumo conduce a la ruina; ...se necesitan cambios en los valores que orientan la vida y la acción, un cambio de corazones y de mentes para promover la cultura de solidaridad y vida”.

PEKIN 1995: FEMINIZAR EL DESARROLLO

Del día 4 al 15 de septiembre de 1995 tuvo lugar en Pekín la IV Conferencia mundial sobre la mujer: “acción para la igualdad, el desarrollo y la paz”. La dos primeras conferencias se habían celebrado respectivamente en Ciudad de México en 1975 (con un marcado signo occidental) y en Copenhague en 1980.

Una vez más, la polémica fue grande en las discusiones y los medios de comunicación del mundo entero le dedicaron una gran atención. El número de asistentes superó en Pekín —transformada en “capital de la mujer”— incluso a Copenhague. Para esta IV Conferencia acudieron más de 30.000 delegados⁽⁸⁾ (mujeres, en su mayoría) en busca de una “fraternidad femenina global”. Los 4.995 delegados oficiales representaban a 189 países. Eso sí, la gran mayoría de los jefes de Estado que estuvieron presentes eran

(8) Aunque en este asunto de las cifras, las referencias de prensa están muy lejos de ponerse de acuerdo...

varones..., con excepciones tan expresivas como la primera ministra de Pakistán, Benazir Bhutto.

Para la “Cumbre paralela”, celebrada entre el 30 de agosto y el 8 de septiembre, 20.000 representantes de más de 2.000 ONG (frente a las 300 de hace 10 años) acudieron a un lugar situado a 52 km. de Pekín, con la clara intención de mantenerlos alejados del centro de la capital y no pocas cortapisas de parte del gobierno de Pekín, lo que estuvo a punto de provocar incluso su suspensión. Por eso se ha señalado con mucha razón que no deja de ser paradójico que esta Cumbre se haya celebrado precisamente en China, en Asia, uno de los lugares del mundo donde más se vulneran los derechos humanos, entre otros, los derechos de la mujer.

También en este caso la Conferencia aprobó una breve Declaración y un extenso texto titulado *Plataforma de acción*. El objetivo central de ambos documentos está formulado en términos de “*empowerment of all women*” (Plataforma, nº 9), una expresión de difícil traducción al castellano, algo así como “reforzamiento de todas las mujeres”.

Es imposible siquiera hacer un resumen de todo. Pero hay un denominador común a estas páginas: la preocupación por que se alcance una efectiva igualdad entre el hombre y la mujer. Por eso, el texto destaca continuamente la mayor vulnerabilidad de la mujer debido a su discriminación frente al varón: es un círculo vicioso que hay que romper, porque la mayor vulnerabilidad aumenta la discriminación, y ésta hace a la mujer más débil aún. Por lo que se observa en el contenido de los documentos finales, en Pekín hubo un consenso sobre la necesidad de afrontar de una vez la discriminación de la mujer en todas sus manifestaciones; hubo también acuerdos sobre cuestiones claves como la violencia contra la mujer, los derechos sexuales y reproductivos o el acceso a los recursos financieros.

En otros muchos temas que no podemos tocar aquí para no alargarnos, la Cumbre de Pekín ha vuelto a poner en evidencia cuál es el problema mundial por excelencia, insistiendo en lo que ya se manifestara en otras recientes conferencias de las Naciones Unidas: la necesidad inaplazable de emprender una mejor distribución de la riqueza, del capital, de la tecnología, de la educación, del poder, en una palabra, de todos los recursos disponibles en el planeta. Hasta ahora, la dialéctica Norte-Sur se planteó como un conflicto geo-económico; Pekín ha puesto de relieve que la polarización se da también entre géneros y entre sistemas culturales. Ello implica, de forma inevitable, poner freno al crecimiento del Norte, revisar la viabilidad de un modelo económico basado en el aumento del bienestar gracias al crecimiento continuo, emprender una acción masiva de solidaridad internacional. Sin estos nuevos planteamientos no hay “desarrollo sostenible”.

La pobreza, como hecho mayor de nuestro mundo contemporáneo, deja sentir con mayor dureza sus efectos sobre la mujer. Es lo que se ha dado en llamar “la feminización de la pobreza”: en este mundo nuestro, si naces mujer y además en el Tercer Mundo, tienes un altísimo porcentaje de probabilidad de ser pobre o muy pobre. Ello no es sino la consecuencia de esa mayor vulnerabilidad de la mujer, que también se ve discriminada en la lucha por acceder a los recursos de la sociedad.

Han sido muchos los avances en los últimos cincuenta años, desde que en la Declaración de Derechos Humanos se propugnó la igualdad entre hombres y mujeres; pero en los países del hemisferio sur la mujer sigue arrastrando las cargas más pesadas: trabajo en el campo, analfabetismo, discriminación por sexo, violencia, inmigración, sida, conflictos armados, prostitución... “Estas mujeres —como dice el documento presentado por la Santa Sede en Pekín— soportan con frecuencia el peso de una pobreza cuyas consecuencias se manifiestan en la precariedad de lugar de vida, por la ausencia de instalaciones sanitarias, de servicios médicos o de escuelas y también por la disgregación de la familia debido a la emigración o a los trabajos estacionales. El abandono del marido les obliga a hacerse cargo de la propia familia material y moralmente...”

Hoy está de moda adjetivar de diversas maneras el término “desarrollo”. Se habla de desarrollo endógeno, desarrollo sostenible, desarrollo humano... Después de Pekín-95 habría que empezar también a “feminizar” el concepto de desarrollo. En pocas palabras: el mundo sería mejor si se generalizaran y respetaran más los sistemas de valores femeninos; el verdadero desarrollo no sólo debe contar con las mujeres sino ser protagonizado por ellas. Cuando se habla de desarrollo sostenible, en el fondo, se trata de introducir valores más femeninos, relacionados con la calidad de vida y no con la cantidad de consumo...

Por eso, aunque pueda sonar a canto “*extra chorum*”, cabe preguntarse si, con tanto afirmar la igualdad, la Conferencia no se ha olvidado de valorar adecuadamente aquello que en la mujer es distinto del varón, esas características que nos permitirían hablar con toda razón de feminización del desarrollo. La desigualdad hombre-mujer, cuando no significa discriminación ni superioridad de uno sobre otro, es complementariedad y, por tanto, fuente de enriquecimiento. La promoción de la mujer no pretendería sólo “elevar” a ésta hasta donde el varón ha llegado, sino enriquecer a la humanidad con otra forma alternativa de vivir lo humano que matiza y completa una comprensión excesivamente masculina y agresiva del mundo (y también del desarrollo).

En dos palabras: *frente a la feminización de la pobreza, feminizar el desarrollo.*

ESTAMBUL 1996⁽⁹⁾: EL DERECHO A LA VIVIENDA

Del 3 al 14 de junio de este año se celebró en Estambul la segunda Conferencia Mundial sobre los Asentamientos Humanos, llamada Hábitat II, organizada por Naciones Unidas. La anterior conferencia (Hábitat I) había tenido lugar en 1976, hace nada menos que 20 años, en Vancouver, Canadá. La ciudad de Estambul estaba prácticamente tomada por la policía, cuya obsesión era deshacer el más mínimo atisbo de manifestación en apoyo de los kurdos. Es la última gran conferencia de este siglo.

En la Cumbre de Estambul ha habido una cierta decepción por el hecho de que la asistencia de los jefes de estado ha sido mucho menor de lo deseado; significativamente sólo asistieron líderes de países pobres: Benazir Bhutto de Pakistán fue sin duda la mujer más esperada; Fidel Castro fue su competidor masculino. La ausencia de líderes fue compensada por la presencia de innumerables alcaldes y ONG. En esta cumbre los asistentes acreditados fueron 17.000, contando expertos de gobiernos, empresas, ONG y universidades⁽¹⁰⁾, mientras que en la Cumbre de la Tierra de Río se llegó a contabilizar 50.000.

El objetivo principal de Hábitat II era diseñar un plan mundial de actuación en materia de lo que se llamó “asentamientos humanos” para los próximos 20 años. Las condiciones de vida sobre el planeta están sufriendo un deterioro sin precedentes, en gran parte debido al aceleradísimo proceso de urbanización. Al inicio de este siglo sólo un 14% de los seres humanos vivía en ciudades, mientras que para el cercano año 2000 más de la mitad de la población mundial será urbana.

El 90% del crecimiento de la población mundial ocurre en las ciudades. Si la mayor parte de la humanidad (77%) vive en países empobrecidos, las condiciones de vivienda en estos países son sumamente precarias. Habitados como estamos, incluso los que no somos especialmente ricos, a disfrutar de una vivienda, con agua corriente, luz, desagüe, entornos urbanizados, etc., nos cuesta mucho hacernos una idea de cómo viven las mayorías urbanas y rurales de esos mayoritarios países pobres.

Si hay algo que no deja de impresionarnos profundamente en nuestros frecuentes viajes a países de América Latina es constatar las condiciones de enorme penuria de vivienda de la mayor parte de la población. Todo el

(9) SALAS SERRANO, J. (1996): *De aquí a 20 años. Cumbre mundial Hábitat II*, en *El País*, (8 de junio, p. 34).

(10) Aunque también en este Cumbre las cifras de asistentes que encontramos en la prensa son muy dispares.

mundo sabe lo que significan las ciudades del tercer mundo, pero una cosa es saberlo y otra es verlo ...o incluso olerlo: filas y filas de miles de chabolas y barracas miserables a dos pasos de rascacielos ultramodernos o de chalets lujosísimos; niños esqueléticos jugando semidesnudos en el barro y la porquería (cuando no “trabajando” en los inmensos basureros del extraradio) en medio de nubes de humo contaminado, miles de vendedores ambulantes; una altísima criminalidad callejera... Faltan viviendas dignas, pero también transporte, auxilios sanitarios, sistema educativo en condiciones. La carencia de agua es uno de los problemas que más impacta al visitante de nuestros países acomodados...

Por eso el lema de Estambul podría ser: “El derecho a la vivienda es innegociable”. En efecto ¿por qué pasará a la historia Hábitat II?: por primera vez el derecho a la vivienda es considerado solemnemente en un foro de esta magnitud como un verdadero derecho humano y se urgió a los gobiernos a que redoblen sus esfuerzos en este aspecto⁽¹¹⁾.

Aunque parezca increíble, de entrada, Estados Unidos se oponía a reconocer como derecho humano el derecho a una vivienda digna; al final, presionado por todos, los americanos se sumaron al resto de los países al reafirmar el derecho a una vivienda adecuada y reconocer la “obligación” de los gobiernos de ayudar a los ciudadanos a tener un techo.

La cumbre de Estambul ha dedicado una atención especial a las llamadas megaciudades⁽¹²⁾. Actualmente hay en el mundo 12 ciudades con más de 10 millones de habitantes: Nueva York, Los Angeles, México DF, Sao Paulo, Buenos Aires, Bombay, Calcuta, Pekín, Shangai, Seúl, Tokyo y Osaka. Para el año 2000 serán 25: a la lista anterior se añadirán Bangkok, El Cairo, Nueva Delhi, Dhaka, Djakarta, Johannesburgo, Karachi, Lagos, Londres, Manila, Moscú, París y Río de Janeiro. De estas 25 ciudades, 19 están en el Tercer mundo. El año pasado por estas fechas tuve ocasión de sobrevolar Sao Paulo: la vista aérea de aquella gigantesca ciudad me impresionó enormemente; mi avión era naturalmente un jet y parecía que la ciudad nunca se acababa.

No todo es negativo. Uno de los atractivos de esta reunión ha sido una gran exposición titulada “Catálogo de buenas prácticas”: experiencias para resolver los problemas de las ciudades. Se presentaron 800 de las cuales la ONU seleccionó 100, entre ellas la remodelación de barrios de la periferia de Madrid.

Lo debatido y pactado en la cumbre de Estambul sobre los asentamientos humanos se plasma en una *declaración* de dos folios y una *Agenda Hábitat* de más de 120.

(11) *El Mundo*, (8 de junio de 1996, p. 33).

(12) HAGER, M. and BARTHOLET, J. (1996): *Megacities*, en *Newsweek*, June 10, pp. 42-47.

Para todo esto hace falta mucho dinero y bien gastado. Los países pobres aprovechan siempre estos grandes foros para solicitar que los desarrollados cumplan de una vez el tan prometido 0,7% del PIB como ayuda oficial al desarrollo; en Estambul reclaman además que buena parte de ese dinero se dirija a las ciudades.

Como decía en Estambul con mucha razón el ya citado Federico Mayor: *“Cuando me preguntan que de dónde va a salir el dinero para arreglar el mundo, siempre respondo lo mismo: el año pasado se gastaron 930.000 millones de dólares en armamento y 400.000 millones en drogas. Así que ese cuento ya no vale”*.

CONCLUSION: “DE CUMBRE EN CUMBRE”...

En Río, 1992, la Cumbre ecológica. En El Cairo, 1994, la Cumbre sobre la población. En Copenhague, 1995, la Cumbre social. Más recientemente, en Pekín, también 1995, la Cumbre sobre la mujer. Recientemente, Estambul, 1996, la Cumbre sobre asentamientos humanos. ¿Palabras vacías? ¿Gritos en el desierto? ¿Tiempo perdido? ¿Esfuerzos inútiles?

A pesar de todo, creemos que no. Estas conferencias constituyen una ocasión única, de gran relieve, para que se produzcan ciertos gestos de alcance insospechado (avances en legislación internacional contra la contaminación, acuerdos sobre derechos mínimos a respetar, condonaciones parciales de la deuda, etc). En segundo lugar, como ya indicamos, se trata de espacios privilegiados para la articulación a escala mundial de los intereses de las grandes mayorías víctimas de la pobreza y de la marginación; a diferencia de los representantes de los gobiernos y de los grandes poderes financieros o económicos mundiales, se trata de colectivos que difícilmente tienen otros foros de encuentro y coordinación. Por último, y esto quizás sea lo más importante, estas conferencias van creando —por lo menos— un cierto “consenso” ético y político sobre los grandes problemas de la humanidad y, de alguna manera, hacen avanzar las mentalidades y la conciencia de la opinión pública mundial sobre la situación y perspectivas del planeta, en particular de sus habitantes (o mejor “supervivientes”...) más desfavorecidos.

En el debe de este balance hay que situar la falta de métodos eficientes de control y seguimiento de los acuerdos y resultados de estas conferencias. Existe también un indudable peligro de los propios colectivos, afectados por los problemas que allí se denuncian, de dejar en manos “ajenas” la defensa de sus intereses o a esperarlos todo “de fuera” y “de arriba”. Por último, en estos foros internacionales siempre existe un problema de metodología: es muy difí-

cil determinar los caminos adecuados para alcanzar el consenso y es inevitable que se produzca un cierto “descafeinamiento” de los compromisos y recomendaciones.

Para terminar, añadimos una breve reflexión sobre lo que me parece un cambio esencial en la significación del fenómeno de la pobreza y exclusión social a escala mundial. Estas “cumbres” sirven, al menos, para asomarse a los “abismos” de la pobreza y descubrir el doble discurso, el de los ricos y el de los pobres. La exclusión es la otra cara de un discurso que —por razones estéticas— dice buscar la justicia y la equidad.

Ahora bien, el problema de la pobreza es tan grave, tan gigantesca la masa de los “excluidos” o “sobrantes” (el nuevo rostro de los pobres), tan masiva la discriminación y pauperización de la mujer, que su presencia silenciosa o ruidosa es cada día más “insoportable” para el mundo de los satisfechos. Son excluidos del trabajo en sentido convencional, del mercado, del conocimiento, de la educación (exclusión política), en fin, de los derechos más elementales...

Se trata de un fenómeno cuantitativamente tan importante, que eso mismo lo convierte en cualitativamente distinto de la simple pobreza, esa “que siempre ha existido”. Para el sistema dominante, esas masas ya no son ni siquiera un “ejército de reserva” o un “mercado potencial”. Simplemente sobran, estorban y, desde luego, molestan...

Es posible que los excluidos (¡ellos y ellas!) “sobren” en el sistema desde un punto de vista estrictamente funcional; pero no desde un punto de vista político y moral: el fenómeno reviste tal envergadura y gravedad, la inestabilidad social, política y hasta militar que generan es tan grande (migraciones por muchos lugares, problemas en Africa, etc.) que, a excepción de las fuerzas más “duras” e insensibles del sistema, todos tienen que reconocer que no hay futuro para la humanidad manteniendo estas ingentes cantidades de pobres marginados que suman más de mil millones de habitantes en el planeta o la discriminación por género de una ingente cantidad de mujeres, muchas de ellas pertenecientes precisamente a esos mismos colectivos de pobres.

De ahí su indudable presencia “moral” en todas estas grandes conferencias internacionales auspiciadas por la ONU (a veces ligeramente explícita, como en estas cumbres que comentamos, y en las anteriores). Aunque luego todo quede en declaraciones y documentos, es una señal de que “hay que contar con esta realidad”. El auge en minorías ruidosas de la xenofobia y el racismo en los países ricos, con la consiguiente reacción y hasta alarma de la mayoría de la población es otro indicador. El eco que despiertan las catástrofes (estilo Ruanda) en los países ricos, las campañas “de solidaridad”, expresión

de una creciente mala conciencia, etc. son signo de lo que queremos decir. La globalización de las comunicaciones explica en buena parte esa nueva “intolerabilidad”.

La gravedad del fenómeno es tal, que cambia su “status” político y su dimensión social. Ya no se puede decir impunemente que las sociedades opulentas “prescindan” o que simplemente “no necesitan” a esas masas sobrantes y excluidas. Aunque les incomodan, no pueden prescindir de ellas, poco a poco les van quitando cada vez más el sueño... Los excluidos del mundo son un permanente cuestionamiento del orden establecido.

Para los cristianos ese papel cuestionador de los pobres es algo que no puede producir extrañeza. Esta presencia de los pobres y los débiles (¡ellos y ellas!) como señal del Reino —y sus privilegiados destinatarios— y como instancia crítica permanente de los poderes de “este mundo” es un rasgo esencial de la estrategia de salvación que se expresa en la vida y muerte de Jesús de Nazaret, como resumen magistralmente unas palabras de San Pablo:

“Dios escogió lo débil del mundo para confundir a lo que es fuerte” (I Cor 1, 27).

José J. Romero Rodríguez